

# Las Pamplonas y los pamploneses del tiempo de Pregón

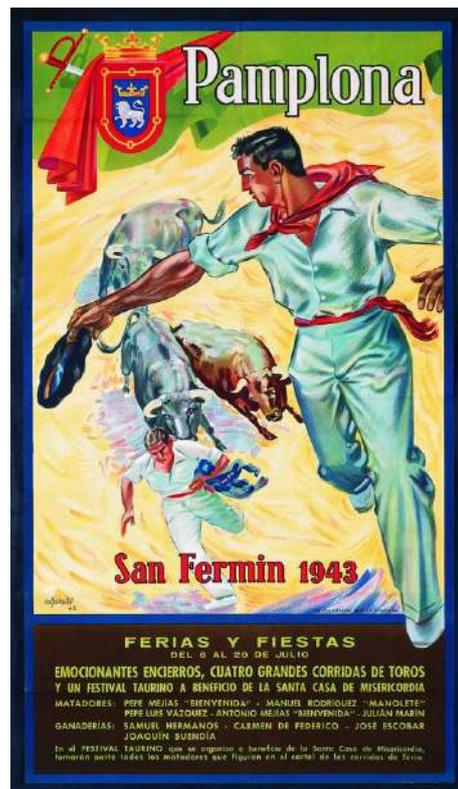
José Miguel IRIBERRI

Cuando sale la revista *Pregón*, a punto para los Sanfermines de 1943, Pamplona se pone como buenamente puede la ropa de fiestas sobre el hambre, la ruina y las heridas dejadas por la Guerra Civil del 36-39. Tres años de confrontación bélica han dejado la huella de las dos Españas machadianas, con vencedores y vencidos, pero también con la sensación real, aunque fuera remota, de que una guerra fratricida la pierden todos. Que en aquellos años de posguerra un grupo de ciudadanos colocara sobre la desolación la paz de la cultura resulta admirable hoy, tres cuartos de siglo después. Admirable por el empuje personal de sus creadores y por la esperanza colectiva de Pamplona que, como todas las ciudades, era el espejo inexorable de sus ciudadanos.

Una revista cultural venía a un mundo todavía en carne viva por su propia guerra civil y atemorizado sin duda por las noticias que llegaban de otra guerra, mundial, que por entonces anotaba los avances del nazismo. Faltaban 11 meses para que se registrara en las costas de Normandía el desembarco de la libertad. Lloraba el poeta con lágrimas de ironía que cuando pronunciaba la palabra futuro, la primera sílaba ya pertenecía al pasado. Pues bien; para los pamploneses pregoneros de *Pregón* todo era futuro en aquel 1943. El pasado no había terminado de pasar, pero había que salir corriendo hacia la próxima década, traspasar el ecuador del siglo XX y pisar los umbrales del otro milenio.

No podían imaginar que su revista llegaría a cumplir 75 años, allá lejos, en el otro milenio. O tal vez sí, porque el tiempo futuro era su apuesta, su destino y su patrimonio. En todo caso, lo que de ninguna manera pudieron sospechar entonces es que la conmemoración tendría lugar en una Pamplona como esta de 2018, distinta y distante de la de 1943. Afortunadamente distante de aquel

tiempo y de aquella vida. (Afortunadamente, sí, como responde Muñoz Molina cuando le preguntan con tono de nostalgia por el cambio de usos y de costumbres en la Úbeda de su infancia). De cualquier forma, la ciudad, es decir, los ciudadanos, lograrían mantener unos rasgos materiales, y sobre todo inmateriales, reconocibles al paso del tiempo. Afortunadamente también.



Cartel San Fermín de 1943

## CAMBIAR PARA VIVIR

*Pregón* viene al mundo para los Sanfermines, que ya entonces, y desde siempre, han marcado el cambio del año administrativo pamplonés. Ya se sabe: para fiestas haremos, traeremos, iremos, entregaremos, recogeremos, terminaremos... Para fiestas de 1943 terminan, cómo no, las obras del nue-

vo kiosko de la Plaza del Castillo y abre sus puertas el cine Avenida, un insospechado local de cinematógrafo que parecía por dentro una caja de bombones y carecía de palco y gallinero. Para fiestas vienen toreros del sur como Manolete y Antonio Vázquez, y uno de aquí cerca: Julián Marín. Y para fiestas -¿cuándo mejor?- presentan el primer número de *Pregón* los promotores de la revista, dueños entusiastas de la esperanza. El concejal Joaquín Ilundain tira el chupinazo desde el balcón del Ayuntamiento, asentando lo que iba a ser una tradición. Una tradición nacida sólo dos años antes.

La vida es cambio. Sólo tiene sentido hacia adelante. Los 75 años de vida pamplonesa que van desde 1943 hasta hoy son la historia de un cambio profundo en la ciudad. Podemos recoger algunas notas del paisaje urbano para valorar el salto, siempre teniendo en cuenta que la transformación del paisaje es consecuencia directa de la transformación del paisanaje. Pero esto lo dejaremos para más adelante. De momento, digamos que la postal pamplonesa de los años 40 sorprende y desorienta hoy incluso a quienes la conocieron en su infancia. La ciudad terminaba de romper el cinturón de las murallas que la configuraron como plaza fuerte militar -"antemural de las Españas"- y sus sesenta mil habitantes empezaban a respirar el aire de fuera puertas. Más allá de los viejos muros y los portales que los cerraban, los actuales barrios de Iturrama, San Juan o La Milagrosa, eran un caserío disperso de casas de labranza, gallineros, corrales, alguna vaquería, huertas y fincas de cereal. En el II Ensanche, por Carlos III, se levantan chalés de firma que son un patrimonio arquitectónico orgullosamente conservado hoy, pero en los libros de historia. Sobre sus cenizas irrumpieron grandes bloques de viviendas. Faltaban todavía diez años para que un lugar de Cizur llamado Echavacoiz entrara en el mapa de Pamplona y muchos más para la anexión de Mendillorri, donde se levantaban los primeros depósitos de agua de la ciudad.

Sin embargo, por muy espectaculares que resulten las vistas panorámicas de la década de los 40 nada aporta tanta profundidad a la comparación como el descenso al detalle. Por ejemplo, a las viejas posadas. En una de sus glosas de enero de 1947, Ángel María Pascual escribe que "aún se conservan algunas posadas cerca de los antiguos portales. Su ancho zaguán termina en una honda ti-

niebla olorosa de paja y estiércol donde se meten, resonando los cascots en las anchas losas, las caballerías aldeanas que vienen al mercado por los caminos pequeños, entre la rosada del amanecer". Hoy cuesta creer, y es otro ejemplo, que la fundición de Sancena, historia de Pamplona por las fuentes del león, alimentara las fraguas en el patio interior de las calles Mayor, Eslava y Jarauta. Y habría de pasar algún tiempo hasta el traslado a Errotazar, donde los corrales del Gas.



Fuente de Casa Sancena

De los pamploneses que bailaban su juventud en los Sanfermines del 43 se puede decir que nacieron en una ciudad para morir en otra, que sin embargo es la misma. Este un rasgo urbanístico y del siglo XX en Europa para generaciones de personas cuyos antepasados, sin embargo, habían vivido durante siglos sobre el mismo paisaje y con idéntico horizonte. Los creadores de *Pregón* habrían aprendido a escribir de niños sobre una pizarra y con un pizarrín, más cerca de la Edad Media que del tiempo del ordenador en el que, 75 años después, se escribe y se lee la revista.

Naturalmente, la transformación de la ciudad no es un acontecimiento accidental, surgido de pronto, como si fuera un terremoto a la inversa que estira calles, levanta ba-

rrios, atrae población y rellena las vaguadas. La revolución urbanística es la consecuencia directa del ciudadano del siglo XX. Cambia la manera de vivir de la gente y, en consecuencia, cambia la vida en la ciudad. El análisis comparativo entre la Pamplona del 43, que estaba terminando de salir de las murallas, y la de 2018, que ha alcanzado el borde de sus mugas, es sencilla: basta con enfrentar fotografías. Y apenas hay nada que discutir. Más compleja, mucho más, se presenta la tarea de anotar algunos puntos determinantes de la transformación de los pamploneses, y los navarros en general, en el transcurso de estos 75 años de altísima velocidad vital.

### TRES PUNTOS DE DESARROLLO

Aquí vamos a referirnos a tres de esos puntos, entre los 30, los 300 o 3.000 que sin duda irán saltando a la mente del lector a medida que avance por estas líneas. Un primer punto, el paso de una sociedad rural a otra industrial, con el Programa de Promoción Industrial de la Diputación Foral emprendido en 1964. Dos, la dimensión universitaria, con la Universidad de Navarra, la Universidad a Distancia y la Universidad Pública de Navarra, con las que la ciudad pasa de enviar a sus estudiantes, los que pueden hacerlo, a Zaragoza, a recibirlos por miles. La transformación laboral, universitaria, costumbrista, coincide con los años de la Transición política que en Pamplona se adelanta -y este sería el tercer punto- con el rumbo emprendido por su Ayuntamiento, en cuyos salones palpita con todas sus consecuencias la tensión política de la calle. El carácter emprendedor de los ciudadanos, su visión de futuro, la capacidad personal y colectiva de adaptarse mentalmente a nuevos tiempos formarán los pilares del cambio. Setenta y cinco años después, los ciudadanos del 43 podrían recitar con el poeta que "nosotros los de entonces ya no somos los mismos" y sin embargo serían capaces de reconocerse en lo que fueron frente al espejo del tiempo.

El Programa de Promoción Industrial lanzado desde el Palacio de Navarra por los diputados forales Félix Huarte y Miguel Javier Urmeneta, con la gestión técnica de Francisco José de Saralegui y altos funcionarios de Diputación, fue un éxito de resultados fulminantes. En pocos años abrieron 300 empresas y se crearon 20.000 puestos de trabajo. Joaquín Gortari, no dudó en calificar el PPI

de auténtica "revolución industrial", a la que se sumaría la revolución agraria en los cultivos y la industria agrícola. Saralegui diría años después que "nosotros desde el Palacio abrimos las compuertas, pero la vitalidad era de los emprendedores". Navarra dejó de ser tierra de emigración para recibir a miles de familias de otras partes de España.

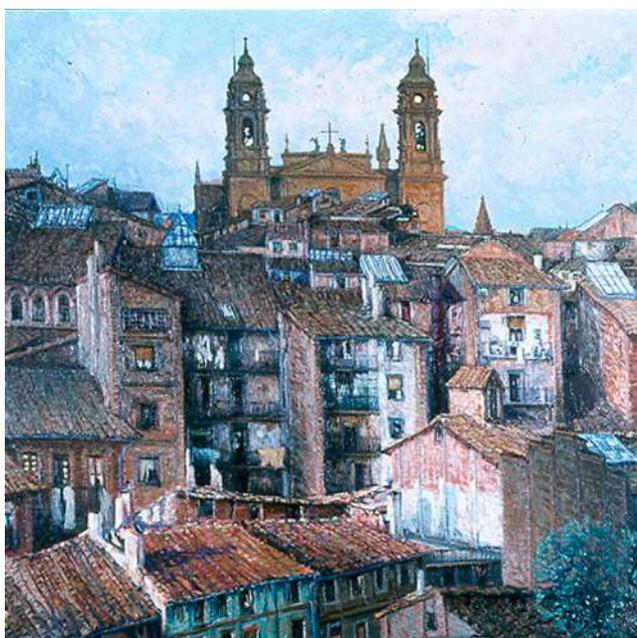


Erección del Estudio General de Navarra como Universidad de Navarra en 1960

En su Historia de Pamplona, José María Jimeno Jurío escribe a propósito del PPI que "la Pamplona industrial de los 150.000 habitantes, laboriosa e inquieta, es muy distinta de la Iruña de los 28.000, contenta y feliz en su salmodia y en su economía de subsistencia". De forma paralela al desarrollo económico, sigue Jurío, "tradicionalistas y renovadores conviven en todas las áreas de la sociedad, manifestándose las tensiones principalmente en el campo religioso y político". Una población obrera masiva protagoniza la conflictividad laboral de la década de los 60, tras los aldañonazos de las huelgas de la década anterior. No es ajena a este panorama de conflictos la crisis de la religiosidad tradicional y de la institución familiar. Las costumbres registran también una notable disminución del componente religioso, tanto en la esfera de la organización como de la asistencia personal a los actos de culto.

La revolución industrial del PPI, la modernización de la agricultura, el desarrollo económico y la sociedad emergente en la ciudad -capital de servicios e institucional-, encontraron en la enseñanza otra apuesta de futuro para configurar la Pamplona del siglo XXI. Las tres universidades dan un incomparable porcentaje de matrículas por población. El que bien podríamos denominar "plan de promoción universitaria" surge y se desarrolla

en la segunda mitad del pasado siglo. Pregón iba a cumplir diez años cuando el histórico edificio de la Cámara de Comptos abría sus puertas a las enseñanzas de Derecho del naciente Estudio General de Navarra, obra corporativa del Opus Dei. Pasaría algún tiempo hasta que, en 1962, aquel Estudio General alcanzara la categoría universitaria. Fuera puertas, a la orilla del Sadar, la Universidad de Navarra coloca la primera piedra del edificio central, primera también de una amplia serie de edificaciones de facultades, bibliotecas y colegios mayores. Unos años después, como universidad a distancia, la UNED daba nuevas oportunidades de licenciaturas: en 1973 el Ministerio de Educación firmaba la creación del centro. En la siguiente década nacía la Universidad Pública de Navarra que asentaría su campus al sur del término municipal.



Jesús Lasterra. Viejo pamplona. 1976.

Con cifras de matrícula que se acercan a los 40.000 alumnos entre las tres ofertas estudiantiles, el sector universitario deja tres registros, importantes en la ciudad, más allá de la actividad propia de las aulas: la intervención en el tejido económico, la huella urbanística en el planeamiento de la ciudad con el aprovechamiento de los campus como parques verdes y jardines botánicos, y la labor de divulgación cultural prestada por los profesores a través de conferencias, seminarios y firmas en los medios de comunicación. De todo ello es testigo el Sadar, nuestro río al revés, un proyecto de río en realidad con

apenas 15 kilómetros de recorrido y 12 líneas en la Enciclopedia General de Navarra, que sin embargo se pierde en el Elorz cargado de licenciaturas, grados y doctorados.

## HUELLA MUNICIPAL

La transformación de los ciudadanos, los vientos nuevos que soplan en la calle, abren las puertas del Ayuntamiento, suben al salón de sesiones y escriben allí, pleno a pleno, un capítulo extraordinario de debate político. De este debate se ha dicho, y con todo fundamento, que adelantó la Transición en la sede municipal de Pamplona. Las leyes de régimen local del franquismo también estaban puntualmente redactadas para estrangular la representación ciudadana. El nombramiento de los alcaldes correspondía al Ministerio de Gobernación y la elección de los concejales por el laberíntico sistema de tercios -de entidades, sindical y cabezas de familia- no era ajena al planteamiento general de la democracia orgánica, una apariencia engañosa de representación. La singularidad del Ayuntamiento de Pamplona, consecuencia directa del empuje ciudadano, fue la irrupción por el tercio familiar de trabajadores cultivados social y políticamente en la Hermandad de Obreros de Acción Católica, que se las apañaron para hacer ciudad sin servidumbres a intereses ajenos y, al mismo tiempo, hacer oposición política al régimen. El debate ideológico y político, como un adelanto de la Constitución del 78, ocupó el salón de sesiones, para sorpresa y alarma del régimen, que pretendía engañarse y engañar con la vía del "contraste de pareceres".



Concejales sociales. Riau Riau 1978

Los que pronto serían llamados "concejales sociales" llegarían también por la vía sindical y aún se daría algún caso de votos afines por el tercio de entidades. Los "sociales" co-

mo Muez, Eguiluz, Caballero, López Cristóbal, por citar unos pocos, abrieron el ayuntamiento a la ciudad y sentaron el espíritu de la Transición, cuya hora todavía no había llegado, en el salón de plenos. Fue tal el cambio en aquellos primeros 70 que uno de los alcaldes, José Javier Viñes, médico, sería destituido de manera fulminante (junio de 1974) sin llegar a cumplir dos años desde su designación (en septiembre de 1972). Al Gobierno se le escapaba de las manos -habría que decir que del cinturón- el Ayuntamiento de Pamplona. La despedida del alcalde Viñes en sesión plenaria explica la situación: en nombre de los concejales sociales, Miguel Ángel Muez, una voz de referencia, se dirige al alcalde para decirle que "hoy usted, cesado, pasa del ayuntamiento al pueblo. Deja usted un buen recuerdo de trabajo y dedicación". En realidad, la mecha de la caída de Viñes venía de atrás, del mismo año del nombramiento, cuando declinó la invitación para asistir a actos oficiales de la Fiesta del Caudillo y desatendió la sugerencia de afiliación al Movimiento Nacional. Con su declaración europeísta desde el pantano de Eugui, frente al ministro del "crepúsculo de las ideologías", sonó nuevamente la alarma en Madrid.

El Ayuntamiento de Pamplona retomaría años después su protagonismo social, desde su responsabilidad institucional, en la lucha contra la organización terrorista ETA.

Los concejales de los partidos UPN, PSOE, PP, CDN, IU, condenaron los crímenes de la banda terrorista que intentaba doblegar por la fuerza la voluntad mayoritariamente popular en defensa de la vida, de la paz, de la libertad y, en definitiva, de la Constitución. Y lo hicieron frente a los concejales de HB, el brazo político de ETA, que amparaba a los terroristas al justificar los atentados. Uno de los concejales sociales de los años 70, Tomás Caballero, sería asesinado por la banda armada (6 de mayo de 1998), cuando era portavoz municipal de UPN. Hay un hecho revelador: los concejales de HB se querellaron contra Caballero por una intervención suya en el pleno. Al poco tiempo, ETA segó a tiros la vida del concejal que defendía en los años 90 la Constitución Española por la que había trabajado en los 70.

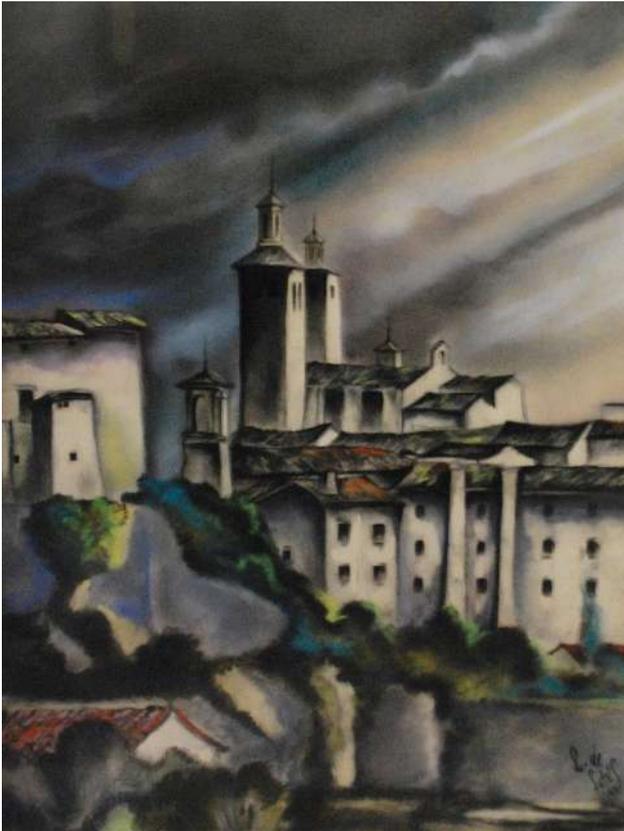
### MÁS QUE TRES CUARTOS DE SIGLO

Años decisivos. Efectivamente, han pasado varios siglos por la ciudad en estos tres cuartos de siglos que cumple *Pregón*. La ciudad es otra. La ciudadanía, también. Y, en consecuencia, la vida. Tomemos una biografía singular del siglo XX para acercarnos al conjunto. La pamplonesa Catalina Lozano nació el 25 de noviembre de 1915. Ha cumplido 103 años. En 2015 tuvimos ocasión de estar con ella en la celebración de su centenario.



Francis Bartolozzi Viejo Pamplona. 1956.

Catalina vino al mundo en la casa del campanero de la parroquia de San Lorenzo, donde trabajaba el padre, y vivió luego junto al convento de las Recoletas, frente al local donde entró a trabajar: Dulces Unzué. Se casó con Mariano Pascal tuvieron 5 hijos y vivieron en la calle Jarauta. Uno de sus hijos, Joaquín, sería concejal de Pamplona por el PSOE. Hoy, Catalina vive en el barrio de San Juan, fuera puertas, y todavía dice “vamos a Pamplona” cuando le acompañan a la calle Mayor y siente que entra en la ciudad cuando pasa por el reconstruido portal de Tacонера, igual que antes se despedía al salir.



Lozano de Sotés. Viejo Pamplona, 1943

Catalina conoció en su infancia el derribo de la muralla de Tejería y ha conocido en su vejez la inmensidad de la torre Basoko, que hoy la ve pasar. Por su cabeza, pero sobre todo por su corazón, han pasado algo más de un siglo que suma muchos más de cien años. Muchísimos más. Catalina, y como ella los pamploneses de su generación que llegaron al siglo siguiente, ha conocido las dos formas de Estado (monarquía y república) y las dos formas de Gobierno (dictadura y democracia). Sufrió en su tierra una guerra civil y sufrió en la distancia dos guerras mundiales. Puede hablar de la pizarra y el pizarrín, y de la pantalla y el teclado del ordenador. Recuerda

los paseos de ida y vuelta con los bolsillos vacíos por Estafeta, Sarasate, Carlos III o Media Luna y ha podido conocer la geografía de la ciudad verde de parques, jardines y cinturones fluviales. Vio el cine público nocturno con sillas llevadas de casa, los cinematógrafos de butaca, palco y gallinero, la expansión de las salas por los barrios entonces de extramuros, el cierre de locales del centro, la aparición de los minicines y, finalmente, la pantalla en casa con toda la filmografía al alcance del mando a distancia.

La Pamplona de los comercios minoristas, pegados unos a otros en las calles de los viejos burgos, se duele hoy por el abandono de las bajeras ante los nuevos hábitos de compra y de comercio. La ciudad, los ciudadanos, salen hoy a los grandes centros comerciales o compran en los hipermercados, tras la desaparición del ultramarino minifundista y todo tipo de comercios, con consecuencias directas para el paisaje urbano y el paisanaje costumbrista. Pamplona, la ciudad, se enfrenta hoy al reto de mantener el centro para la vida de diario, de ganar paseantes para la inmensidad de su mapa verde, de llenar de algún modo la sensación de vacío interior en el fin de semana, sobre todo en verano.

Son las Pamplonas y los pamploneses de un siglo de cambios. Otra ciudad y otros vecinos en los que la nostalgia tan fácil de cultivar por el paso del tiempo no puede ni debe hacer sombra en la evidencia de que, sobre aquel punto de partido de 1943, cualquier tiempo futuro ha sido mejor. Además, como avisa Sánchez Ferlosio, la nostalgia es siempre una forma de rencor. Hace 75 años, en aquel tiempo de posguerra, *Pregón* fue una osada y generosa idea de compromiso social a través de la cultura. Hoy mantiene el mismo talante e idéntico compromiso, con su aportación cultural frente al avance de lo que Vargas Llosa llama “civilización del espectáculo”.

